PROFR. EUGENIO DEL HOYO CABRERA

HISTORIOGRAFIA MEXICANA

CAPILLA ALFONSINA

F1224
H69

Sobretiro de HUMANITAS, Número 20.
Universidad de Nuevo León, 1979.

F1224
H69

RASG 27-II-85
F1224
H6
1020080889

HISTORIOGRAFÍA MEXICANA EN EL SIGLO XX

EUGENIO DEL HOYO
Tecnológico de Monterrey

DECÍA DON MANUEL TOUSSAINT que la Historia no es un pastel que se pueda cortar en rebanadas, refiriéndose a la vieja y muy arraigada costumbre de dividirla por siglos. Don Manuel lo aplicaba a la Historia del Arte y decía: "Un estilo no termina al finalizar un siglo, para que, con el nuevo siglo surja un estilo nuevo". Esto es una gran verdad y no tan sólo en el campo del Arte: Los grandes cambios históricos no coinciden con el paso de un siglo al otro.

Es por eso que al hablar de la "Historiografía Mexicana en el siglo XX", nos veamos obligados a invadir las últimas décadas del siglo XIX, cuyas preocupaciones, actitud vital, concepción histórica, interpretaciones, problemática y metodología, se prolongan a través de las dos primeras décadas del siglo XX y, por inercia, en muchos casos, penetran más adelante.

No fue sino hasta 1910, al estallar violenta la Revolución, que se produjo un cambio de tal magnitud y trascendencia, que alcanzó a sacudir también la arraigada tradición historiográfica, de signo liberal, que venía imperando desde el tramontar del siglo XIX.

Después de la violenta, formidable y muy aparatosa agitación ideológica provocada por la Reforma, que logró dividir a los mexicanos en grupos antagónicos irreconciliables, no sólo en los campos de batalla o en la lucha política o en lo religioso, sino también en el campo de las ideas y en el quehacer intelectual, especialmente en el campo de la Historia, se entra en la época más fecunda y de más valiosas aportaciones para la historiografía mexicanas: Las tres últimas décadas del siglo XIX ven florecer una pléyade de grandes historiadores, los más grandes que hemos tenido: verdaderos portentos de erudición y de capacidad de trabajo; infatigables y acuciosos

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
55807
FONDO UNIVERSITARIO

investigadores, escritores elegantes, metódicos expositores de genial intuición, afortunados al trabajar en un campo hasta entonces virgen; descubridores de verdaderos tesoros documentales; hurgadores curiosos de ricos y viejos archivos y de las aun entonces ricas bibliotecas de los conventos novohispanos, nos dejaron magníficos acervos de documentación histórica, excelentes y bien construidas monografías y sabias interpretaciones; unos y otras, apoyos indispensables para cualquier trabajo histórico cuyo acontecer sea anterior a la Reforma.

Para no convertir esta conferencia en una interminable y tediosa nómina de historiadores, sólo mencionaremos estrellas de primerísima magnitud: don Manuel Orozco y Berra, don Joaquín García Icazbalceta, el más grande de todos, don José Fernando Ramírez y don Francisco del Paso y Troncoso: hombres admirablemente dotados y de sólida formación humanística, equilibrados y ecuánimes, cuya búsqueda iba dirigida a los más variados asuntos: bibliografía, lingüística, etnografía, biografía, evangelización, descubrimientos y conquistas, historia precortesiana e historia novohispana, etc.

El triunfo del liberalismo en los campos de batalla y en el campo político, se refleja en la historiografía como un intento de explicar y justificar las doctrinas y procederes del partido en el poder; en un gran afán de crear la Historia Oficial, dogmática e intolerante; de modelar héroes e inventar mitos; en la necesidad de "apoderarse de las conciencias de la niñez y la juventud", como proclamaría, ya muy entrado el siglo XX, Plutarco Elías Calles, Jefe Máximo de la Revolución, en su "grito" de Guadalajara, el año de 1933. A este afán pertenece el declarar, por decreto, la autenticidad de los inauténticos restos de Cuauhtémoc encontrados por Eulalia Guzmán en Ixcateopan, la más burda mistificación, el intento de fraude más torpe que se ha hecho en el campo de la historia. Intentos y constante preocupación que se plasman en una larga serie de libros de texto, tales los de García Cubas y Guillermo Prieto; de Pérez Verdía y Nicolás León; de Justo Sierra y Julio Zárate; y como vigoroso retoño tardío, el de Alfonso Toro, en el que yo estudié en la Preparatoria. Preocupación partidarista que culmina, en forma grandiosa, con *México a través de los siglos* (1884-1889), única historia general de México que se ha logrado hasta la fecha.

Los libros de texto de García Cubas y Guillermo Prieto son, a mi juicio, el punto de arranque de esta historia oficial que, desde entonces, hemos venido padeciendo en forma tan aguda; y *México a través de los siglos,* una especie de libro sagrado para el liberalismo mexicano; grandioso monumento a su triunfo aplastante. Sus cinco grandes tomos fueron escritos por cinco grandes historiadores, pontífices del liberalismo y de la historia oficial:

FONDO DE HISTORIA

Alfredo Chavero, Vicente Rivapalacio, director general de la obra, Julio Zárate, Juan de Dios Arias y José María Vigil.

Cierra el siglo otra obra monumental, verdadero alarde tipográfico, en tres grandes tomos, mayores aún, en su formato, que los de *México a través de los siglos,* "espléndida edición profusamente ilustrada por artistas de gran renombre", como se dice, en tono muy comercial, en su portada: *México su evolución social* (1900-1902); obra de exacto agnosticismo, auspiciada, inspirada y dirigida por don Justo Sierra y escrita por un grupo numeroso de destacados "científicos", todos ellos ministros de estado o altos funcionarios del régimen porfirista en sus postrimerías, de los cuales sólo mencionaremos a Ezequiel A. Chávez, Agustín Aragón, Pablo y Miguel Macedo, Porfirio Parra, Genaro Raigoza, Bernardo Reyes, Eduardo y Julio Zárate, Emilio Pardo (hijo), Carlos Díaz Dufóo y Jorge Vera Estañol: flor y nata del "cientifismo" finisecular, que formaba la alta burocracia porfiriana. En nuestro pobre y asendereado país, los intelectuales, y entre ellos los historiadores, para poder vivir y dedicarse a su quehacer intelectual, se han visto constreñidos a servir al régimen, a formar entre la burocracia, a vivir del presupuesto, perdiendo, como es natural, mucha de su libertad de interpretación y de expresión. Las excepciones son muy contadas y loables. Esta situación ha marcado rumbos muy perceptibles en nuestra historiografía.

Pero, dejemos este vericueto en el que nos hemos metido y volvamos al tema que traíamos: *México su evolución social* lleva en su título la clara indicación de la doctrina y la actitud vital que lo inspiraron: dicen los Autores al Lector: "...resulta una evolución, un paso de un estado inferior a otro superior; lo llamamos social porque abarca las principales manifestaciones de la actividad del grupo mexicano..."; en él se expresa su preocupación científica, de ese extremoso cientifismo comtiano en que, a través del positivismo, vino a desembocar la doctrina liberal en el fin de siglo. En *México su evolución social* se interpreta la Historia como una simple "evolución orgánica" de grupos, masas, capas sociales, razas, etc., todo bajo el lema de Augusto Comte: "Orden y Progreso", lema del Instituto de Ciencias de Zacatecas, en el que yo estudié; interpretación que intenta convertir la Historia en una Ciencia Natural, a través de la Sociología y la Estadística; y, por debajo de todo, como oscuro trasfondo, la inhumana, discriminatoria y peligrosa tesis positivista de la supervivencia del más apto, con su olímpico desprecio, de signo ario, a las grandes masas miserables analfabetas.

Nos hemos detenido un poco, o tal vez un mucho, en el análisis de *México a través de los siglos* y *México su evolución social,* porque consideramos que

estas obras monumentales representan la culminación de la historiografía liberal que, pese a la fuerte corriente socializante y a veces comunista, aún sigue dominando la tesitura histórica del régimen y, por ende, la fabricación en serie de los libros de texto gratuitos y únicos tolerados.

Los historiadores de fines del siglo XIX no murieron al terminar el siglo, su trabajo se prolongó a todo lo largo de las primeras décadas del siglo XX; y, en realidad, pertenecen a ambos. Además, la inercia liberal fue tan fuerte, que la corriente llega hasta nuestros días y pasará adelante.

Pero, a partir de 1910, paralela, y a veces en ella confundida a esa corriente decimonónica, remanente del pasado, inevitable fenómeno de inercia cuyo final no es posible señalar, empieza a correr otra, al principio escasa y tímida, y más adelante caudalosa y agresiva. Es el reflejo, en la literatura y en la historia, de la fuerte conmoción que ha sufrido el pueblo mexicano, de la participación de las grandes masas de población en la lucha armada y en el gran sufrimiento nacional. Al principio sólo son los balbuceos de Heriberto Frías en *Tomochic* o de Mariano Azuela en *Mala Yerba* y, más adelante, como torrente caudaloso, en plan de explicar, justificar y exhaltar el movimiento revolucionario, los ensayos socio-económicos, políticos o históricos de Gilberto Magaña, Sotelo Inclán, Silva Herzog, Mancisidor, Ramos Pedrueza, Rosendo Salazar, Molina Enríquez, Litz Arzubide, Sánchez Lamego, Alfonso Taracena, González Ramírez, Romero Flores, etc., etc. A esta corriente, como afluente abundoso, vendrá a mezclarse el pensamiento anarquista primero y el socialista después, el materialismo histórico de Marx, interpretado muy a la mexicana, en muy diferentes grados y tonalidades. Lo preconizó, sin aplicarlo a su obra, Gregorio Torres Quintero; y ya, dentro de la corriente, mencionaremos a Litz Arzubide, Rosendo Salazar, Agustín Cué Cánovas, Luis Chávez Orozco, Miguel Othón de Mendizábal, Gonzalo Aguirre Beltrán y, el más congruente de todos, Alfonso Teja Zabre, con su *Historia de México. Una moderna interpretación;* y, como expresiones tardías, los últimos textos gratuitos de la Secretaría de Educación, incubados en el Colegio de México.

Debemos hablar aquí de otra corriente importantísima, formada por las obras de carácter histórico o polémico escritas por los mismos revolucionarios; la bibliografía es muy abundante y las obras de muy diversa calidad, desde las muy buenas, hasta las francamente detestables: Obregón, Vasconcelos, Luis Cabrera, Palavicini, Martín Luis Guzmán, Isidro Fabela, Pani, Puig Casauranc, Salvador Alvarado, Carrillo Puerto, Urquizo, los Alessio Robles (Miguel y Vito), Juan Manuel Torrea, Portes Gil, Ortiz Rubio, etc., etc., van a historiar la época revolucionaria en sus diversas, deshiladas y

contradictorias etapas, con toda la desbordada pasión de participantes y, muchas veces, con la frescura o vivencia en el relato, de aquello de lo que no sólo se ha sido testigo presencial, sino actor principalísimo. En esta corriente de testimonios directos de los revolucionarios, habría que hacer muchas e importantes divisiones y distingos, que se salen de los límites de una conferencia. En general domina una tendencia anticatólica, muchas veces rabiosamente anticlerical, atea y socializante.

Pero el clero y los católicos mexicanos, cosa natural e inevitable en un país en el que muy cerca del 100% pertenecemos a ese credo, han hecho siempre una valiosa aportación a la historiografía mexicana; para comprobarlo basta recorrer las páginas de los diferentes repertorios bibliográficos. Desde los primitivos cronistas, hasta nuestros días, esta corriente ha sido constante y abundosa. Ciñéndonos a nuestro tema, sólo diremos que a partir de la Reforma, como una natural reacción al anticlericalismo en uso, los historiadores católicos cierran sus filas y trabajan con pasión en los más diversos campos; ya son los seglares como García Icazbalceta, Francisco Sosa, Alberto María Carreño, Pablo Herrera Carrillo, Ignacio Dávila Garibi, Juan B. Iguíniz, Primo Feliciano Velázquez, Victoriano Salado Álvarez, Alfonso Junco, Alberto Escalona Ramos, Rafael Aguayo Spencer, Alfonso Trueba, Josefina Muriel, etc., etc., estudiando el proceso de la evangelización y la tarea civilizadora de la Iglesia, su historia interna, su bibliografía, etc., etc., o bien, los muy numerosos eclesiásticos de maciza formación humanística, como Fortino Hipólito Vera o José María Andrade, con su valiosa aportación bibliográfica y documental; o el nutrido grupo de obispos historiadores; Plancarte y Navarrete con su *Tamoanchán;* Orozco y Jiménez patrocinando los acervos documentales sobre los obispados de Chiapas y la Nueva Galicia; Crecencio Carrillo y Ancona con sus valiosos estudios sobre cultura maya; o el gran obispo leonés, Emeterio Valverde y Téllez, autor de la *Bibliografía Filosófica Mexicana,* obra maestra en su género y fruto de una maciza e increíble erudición; a ellos los seguirán, en apretadas filas, otros muchos, como los sacerdotes Eucario López, Luis Medina Ascensio, Rafael Montejano y Aguiñaga, Héctor Samperio, Esteban Palomera, Jesús García Gutiérrez, Aureliano Tapia Méndez, fray Luis del Palacio Basave, fray Rafael Cervantes, Guillermo Porras Muñoz, José Bravo Ugarte, Francisco Zambrano, Fidel de J. Chauvet, Leopoldo Campos; pero no debo alargar más la lista; bien sé que faltan en ella muchos muy importantes; ya sólo mencionaré a los notables humanistas Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte y Octaviano Valdés; y al monstruo de toda erudición, al fecundísimo y polígrafo Angel María Garibay, que lo mismo dominó el griego que la lengua mexicana; que lo mismo tradujo a Esquilo que a los poetas de habla náhuatl. Inten-